

Antoni Puigverd

# Ferrusola y el calor de hogar

Es la segunda vez que Marta Ferrusola causa un grave daño, no sólo al partido que fundó su esposo, sino a una de las ideas centrales del nacionalismo de Jordi Pujol: "Català és qui viu i treballa a Catalunya". Esta frase –simple, pero cargada de sentido– fue determinante en la transición catalana, a la vez que expresión de la alta calidad democrática del discurso nacional catalán. Pujol presentaba, en paralelo a las propuestas del PSUC, un nacionalismo abierto a todos los individuos, al margen de su origen, lengua y emociones.

El principal requisito de la catalanidad era, simplemente, habitar en el lugar. Es preciso recordar que tal afirmación implicó, en la España que superaba el insomnio de cuarenta años de dictadura militar obsesivamente uniformadora, una verdadera revolución democrática (por cierto, con la llegada de la nueva inmigración, la afirmación adquiere de nuevo tal relevancia, que muchos liberales de postín dudan de ella en voz alta).

Gracias a esta afirmación, el nacionalismo catalán, abierto e integrador, se situa-

únicos con sangre ibérica verdaderamente noble, es decir, los españoles más puros. Tal visión no es ajena a los impulsos viscerales de ciertos nacionalistas catalanes, que envidian, precisamente, la pureza y dureza vascas. Ni es ajena a tanto españolista visceral que se pone de los nervios a la mínima manifestación de la variedad lingüística hispánica, que percibe como una insufrible ofensa.

El segundo y último requisito de la memorable frase de Pujol era el sudor: el tra-

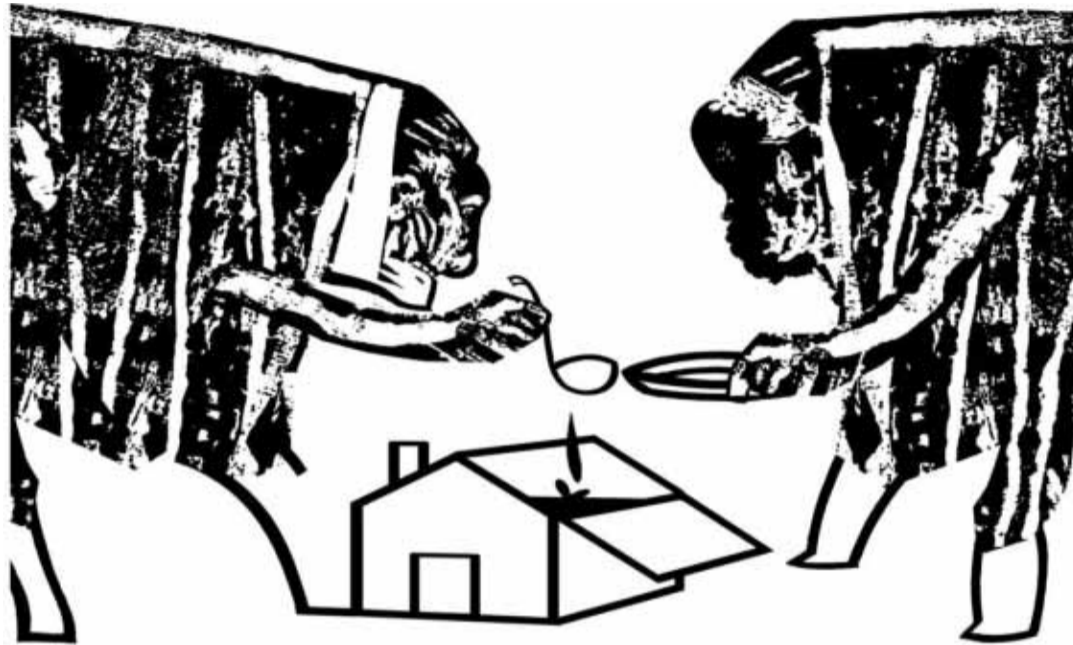
Por su parte, el PSC no ha construido un imaginario catalán alternativo. Los socialistas catalanes propagaron el tópico –musical más que político– del mestizaje, defienden un vago catalanismo y santas pascuas. La política cultural de las instituciones socialistas y de sus centros de creación de ideología ha evidenciado una visible indiferencia por la lengua y la tradición catalanas, cosa que ha favorecido el enrocamiento del nacionalismo cultural.

Lo mismo que hemos afirmado del pujo-

bal, afirma Zygmunt Bauman, son centenas los millones de personas que, forzadas a emigrar, nunca más conocerán la experiencia de "vivir como en casa". Pero también los que hemos permanecido en el escenario de nuestra infancia tendremos que acostumbrarnos a entender que ya nunca nos sentiremos "como en casa".

La cosa es fácil de escribir, pero muy difícil de vivir (prueba de ello es la reacción hipócrita que levantan las palabras de Ferrusola en muchas personas que no soportan la existencia de españoles con una lengua distinta del castellano). Vivir siempre en "un lugar extraño" puede causar un desasosiego social considerable, que los políticos deben atender con prudencia.

A pesar del flaco favor que nos hace Ferrusola, los catalanohablantes estamos habituados a la convivencia con personas distintas. Y podemos encarar con más experiencia lo que pronto será normal para la mayoría de españoles y europeos: la desaparición del confortable calor de hogar. Lleva ya años el pujolismo fuera del poder. Y no es momento de recriminarle su pasado. Sin embargo, si algo revela la desafortunada frase de Ferrusola es la impotencia del nacionalismo catalán para revisar su proyecto sobre la base de la inapelable realidad. Si algo revela, es la tenta-



RAÚL

## Ferrusola clava el puñal en la mejor aportación del pujolismo: "Es catalán quien vive y trabaja en Catalunya"

ba a años luz del purismo étnico y de la homogeneidad cultural a los que todos los nacionalismos, triunfantes o fracasados, con estado o sin él, tienden, pues todos beben de Herder y el idealismo alemán.

Considerar catalán a todo residente era, por otro lado, decididamente opuesto a la tradición, tan española, del cristiano viejo, que *demoniza* no sólo al diferente (el judío o marrano) sino también al converso: fuente de peligrosas mezclas y contaminaciones. Tal discurso, por cierto, anida, según algunos estudios académicos, en la matriz ideológica del nacionalismo vasco, cuyo origen se situaría, precisamente, en la fantasía de que los vascos serían los únicos que no se mezclaron con marranos, los

bajo como verdadera carta de identidad de una Catalunya construida a sí misma; el trabajo como única vara de medir la aportación del individuo a la comunidad. Pujol no se habría alzado con la victoria en 1980, ni hubiera conseguido prorrogarla durante 23 años, de haberse adherido a un discurso depurador. Aunque su política simbólica y cultural demostraba que, en realidad, se proponía recrear la ficción de un pasado ideal y restaurar la homogeneidad perdida. Marta Ferrusola traduce, con su proverbial incontinencia, la contradicción pujolista entre teoría y práctica. La mejor prueba de la reticencia con que Pujol aplicó su frase es la incapacidad de CiU para arraigar en la Catalunya metropolitana.

lismo puede afirmarse de ERC, heredera generacional de un sentimiento que –dígase lo que se diga cuando se firman pactos– se propone rescatar la nación pura. Sea cual sea la posición teórica, el nacionalismo acaba en posiciones de resistencia contra todo lo que considera extraño. Sueña con la homogeneidad, pero cada vez está más pesimista. Golpearse constantemente contra el muro de la realidad duele.

La ficción de la homogeneidad no es sólo imposible en la Catalunya de hoy y mañana (para encontrarla en el pasado habría que retroceder a la edad media), sino también en la Alemania de hoy, por citar el país de tradición cultural más homogénea del mundo. Y es que en el mundo glo-

ción de encerrarse en su propio caparazón, destilando vinagre, confundiendo sus dificultades partidistas con las del país. CiU está en una encrucijada. Puede ensimismarse o, al contrario, rectificar su discurso, profundizando en la vieja máxima pujoliana del "es catalán quien vive y trabaja en Catalunya".

Los nuevos acentos son lo mejor que puede pasarle a una lengua: demuestran que atrae a nuevos hablantes. Gustará o no José Montilla como político, agrada o no su forma de acceder a la presidencia, pero su aportación al futuro de la lengua catalana es, por su función ejemplarizante, formidable. La esposa de un president de Catalunya debería saberlo.●

Eugenio Bregolat

# Los debates del Parlamento chino

Con marzo llega el principal acontecimiento del año político chino, el pleno del Parlamento, la Asamblea Popular Nacional (APN). Sólo el Congreso del PCCh, cada cinco años, supera en importancia a los plenos del APN, que desarrollan las directrices de aquel. Desde la tribuna diplomática, el *gallinero* del Palacio del Pueblo, oía todos los años el roce producido, a intervalos, por los más de tres mil delegados al pasar las páginas de sus textos, como un leve silbido, un sonido irrepetible que pausaba el discurso del primer ministro y que simbolizaba para mí el latido de la historia de China.

La APN aprueba los grandes proyectos legislativos, como la ley de la propiedad el pasado año. Nombra los principales cargos del Estado (los del partido corresponden al Congreso). Abre la APN sus debates con el informe del primer ministro, equivalente al "discurso sobre el estado de la nación". El grueso del informe se dedica a la

marcha de la economía, a los problemas que genera y al enfoque de su solución. El lenguaje y las categorías usados son semejantes a los de los dirigentes occidentales.

Destaca del informe de este año de Wen Jiabao el impacto sociopolítico del proceso económico, ante todo de la inflación y de las crecientes desigualdades de renta. El control de la inflación se declara prioritario: no debe superar este año el 4,8%. En febrero fue (para el último año) de un 8,7%. El precio de los alimentos subió un 23,3%. Para Wen, "la inflación es la principal preocupación de los ciudadanos". Los dirigentes chinos recuerdan muy bien que la causa de fondo de los sucesos de Tiananmen, la primavera de 1989, fue la inflación provocada por la reforma de precios el año anterior: más de un 30%, para algunos alimentos hasta el 60%. "Antes precios estables con Mao que inflación con Deng", rezaban los *dazibaos* en la Universidad de Pekín. La inflación y la corrupción fueron el barril de pólvora sobre el que prendió la chispa de las demandas de democracia de los estudiantes. Tampoco se ha olvidado que en los años 40 la inflación galopante

fue una de las causas principales de la derrota del Kuomintang a manos de los comunistas.

Los actuales dirigentes chinos, al elegir como divisas la "sociedad armoniosa" y el "desarrollo científico", ponen el énfasis en la justicia social, en la reducción de las

## Los dirigentes chinos ponen el énfasis en la justicia social, en reducir las crecientes desigualdades de renta

enormes y crecientes desigualdades de renta, que han llegado a ser políticamente alarmantes. Las directrices del reciente Congreso se han traducido en aumentos presupuestarios muy significativos para la educación (45%), la sanidad (25%) y la seguridad social (20%), cuando la defensa ha aumentado un 17,6%.

Dos grupos sociales preocupan en especial: el campesinado y la población flotan-

tes de las grandes ciudades. Para los campesinos se prevé la eliminación total de impuestos, la educación gratuita para el ciclo de nueve años, la construcción de infraestructuras, la regularización de la expropiación de tierras (que provocan muchas protestas) y la extensión del sistema de seguridad social introducido en el 2003 a toda la población rural al finalizar este año. Decenas de millones no tienen acceso a los servicios sociales y viven en condiciones muy precarias, formando un verdadero lumpen. Para mejorar su situación se prevén: pago de sueldos atrasados, subsidios de pobreza, promoción de la vivienda social, control del precio de alimentos básicos (granos y aceite el pasado año). La ley del contrato laboral, en vigor desde el 1 de enero, obliga a los empleadores a extender un contrato por escrito y a cubrir los gastos de seguro médico.

Se trata, en conclusión, de que la tarta, al mismo tiempo que crece, se reparta de forma más equitativa para evitar efectos sociales y políticos graves. Los ciudadanos chinos no pueden protestar en las urnas, pero pueden hacerlo en la calle.●